

## Memorialistas & Viajeros

### Michel Le Bris: “El hombre de las suelas de viento”

*Bartolomé Leal, desde Cabaret, Haití*

Tal vez uno de los relatos más dramáticos y justos sobre el terremoto que asoló la capital de Haití el martes 12 de enero del presente año, sea el que dejó el escritor Michel Le Bris, quien había llegado con una delegación de escritores haitianos de la diáspora y otros extranjeros para organizar un encuentro del festival que él mismo fundó y preside: “*Étonnants Voyageurs*” (Viajeros Sorprendentes), que se realiza en Saint-Malo (Francia), y que excepcionalmente iba a tener lugar en Puerto Príncipe, como una manera de apoyar a sus amigos, los esforzados autores haitianos. El 14 de enero iban a comenzar. El 12 Le Bris y el equipo organizador estaban trabajando en el Hotel Karibe cuando los agarró el terremoto.

Le Bris se hallaba en su cuarto al momento del remezón. El edificio, de cuatro pisos, no se derrumbó, pero sus paredes se cuartearon y el yeso le cayó sobre la cabeza, según cuenta, mientras corría escaleras abajo con su laptop bien agarrado. Nadie se esperaba un terremoto en este Haití que parecía estar empezando a salir del marasmo económico y social que lo agobia desde hace décadas. El festival fue suspendido y se tuvo que lamentar la muerte del novelista Georges Anglade, quien con su esposa fue aplastado por la caída de la casa donde alojaba. Anglade residía en Montreal, Canadá. Le Bris, tras ser evacuado dramáticamente por la Embajada Francesa, prometió que le festival se haría de todas maneras en Puerto Príncipe, y que se comprometía a volver algún día. En su texto rinde homenaje a los sufridos habitantes, que antes de la llegada de cualquier ayuda, con sus manos desnudas removían los escombros para sacar a sus seres queridos de entre las ruinas de sus hogares.

Cofundador del diario francés *Libération*, Le Bris participó en la creación de la revista *Magazine Littéraire*, fue redactor en jefe de la revista *Jazz Hot* contribuyendo a introducir en Francia el “free jazz”. Es un especialista del romanticismo y de Robert Luis Stevenson. Como diría Mauro Yberra, un “almita”, un compañero de ruta, uno de esos autores que uno puede considerar un pata total, un cuate integral...

Uno de los temas en los cuales Le Bris ha reflexionado con profundidad es el viaje. Su celebrado libro “El hombre de las suelas de viento”, aparecido en 1977, es la inauguración de lo que podríamos llamar un género precursor de las corrientes ochenteras del postmodernismo. Participa a la vez del libro de memorias, el ensayo filosófico, el relato de viajes, el análisis literario y el texto de ficción. Aunque a la vez es una retahila de provocaciones a las ideologías en boga por los años 70, cuando no ser progresista era una manera segura de ser anatematizado como reaccionario por los diferentes grupos que reverenciaban al marxismo como la religión única y verdadera.

Los cinco capítulos en que está dividido el libro tienen títulos decidores. Cada cual es un desafío y Le Bris se lanza con brío e inteligencia, aunque no siempre con la coherencia esperable en un ensayista. Las provocaciones abundan, sin embargo; y son siempre agudas, certeras e inteligentes.

El primer capítulo se titula: “Esos graciosos señores en pantalones cortos que se lanzan al agua voluntariamente... o como, de bárbaro local pasé a ser civilizado”. El tema es su infancia de niño campesino de la Bretaña y la irrupción de la modernidad, sea por los turistas, sea por la economía, sea por la radio, sea por la televisión. Le Bris traza un cuadro amargo de la pérdida de su terruño, por la venta de propiedades y la desaparición de los esquemas tradicionales de vida. Piensa que el turismo ha sido nefasto en ese proceso, y aunque aportó comodidades a sus habitantes, además de dineros que volvieron ricos a algunos, su responsabilidad por la degradación de una cultura única fue total, apabullante e irreversible. Desde entonces confiesa que a nadie odia más que a los turistas.

El segundo capítulo se titula: “El hombre de las suelas de viento... para no acabar con un cerebro de plomo”. De esa manera Verlaine llamaba a Rimbaud. Le Bris hace aquí una reflexión acerca de la necesidad de un proceso de integración y la práctica del respeto mutuo entre el viajero y el autóctono. Hace una interesante revisión de la evolución de los viajes desde el siglo XVIII en Europa. Así nos enteramos de cómo el viaje pasar a ser en algún momento motivo de interés y de análisis. Nombres como los de Montesquieu, Mme de Stael, Victor Hugo, Byron, Hegel o Kleist no sólo contribuyeron con su obra a lo mejor del relato viajero, sino que además dignificaron una actividad que hasta entonces se asociaba sobre todo con las dudosas hazañas coloniales. Le Bris, por cierto, enfatiza la distinción entre las abyecciones del turismo de masas y el espíritu abierto y cortés que debe ser parte de la ética del viajero auténtico.

El tercer capítulo se titula: “La enfermedad del Estado... o la necesidad de meter un judío (errante) en el motor”. Una discusión acerca del rol del Estado, pertinente en una época cuando la alternativa a las injusticias del mercado parecía ser el dominio público sobre la economía y la sociedad. El cuarto y quinto capítulo se titulan respectivamente “La gente de viaje... o como nacieron los *blues*” y “El arte de la fuga... porque no hay ciencia de la rebelión”. Sus títulos lo dicen todo. Siempre el viaje, el periplo, la aventura, cuando no la fuga, el aislamiento, la verdadera vida en otra parte, la liberación de la cotidianidad...

Para terminar, en un apéndice titulado “Los caminos de la aventura”, Le Bris juega un poco con el diccionario Littré de la lengua francesa. Aunque las acepciones no calzan exactamente con el castellano, las menciono porque dejan pensativo. *Vagar* es errar por acá y por allá, ir de un lado a otro, a la aventura. Por extensión, implica no tener un lugar fijo. *Vago* es un terreno vacío, sin cultivar. En sentido figurado se dice de alguien que sufre un malestar indefinido del alma. *Divagar* es salirse del cauce, hablando de un río. En sentido figurado es salirse sin razón de un tema. Los alienados divagan...

